

El seglar, educador cristiano: testimonios y experiencias

SINITE ha querido recoger varios testimonios directos de profesores cristianos que viven su vocación de educadores seglares en el interior de centros educativos cristianos. Sólo se les ha pedido que expongan su experiencia, su compromiso con la educación cristiana, sin cuestionario previo y sin ningún plan establecido de antemano.

Sus respuestas están ahí, con sus valores de compromiso, de sinceridad, de trabajo entregado, de esfuerzo por compartir algo más que la «enseñanza», en una vocación nacida de la fe y marcada por el amor. Son una llamada a la esperanza.

1. SUGERENCIAS SOBRE EL HUMANISMO Y LA ENSEÑANZA CRISTIANA

El 18 de diciembre de 1939, cuatro meses antes de morir, Peter Wust, profesor de Filosofía de la Universidad de Münster, escribía a sus alumnos, con la intención de transmitirles la esencia de su experiencia docente y vital:

«Mis queridos alumnos: el 16 de febrero de este año me despedía de ustedes en la cátedra, al terminar la clase de la mañana. Un oscuro presentimiento me indicaba entonces que era la última vez que había de dirigirles la palabra... como estoy muy menguado de fuerzas, no me resulta nada fácil escribir esta noticia final. No puede ser mucho lo que intente decirles; pero ha de ser suficiente para que vean el amor que me ha unido a ustedes, desde hace nueve años hasta hoy... Estamos viviendo ahora la etapa más dura del gran tiempo del advenimiento occidental... que invita a Europa a reflexionar tras el fracaso de la Ilustración sobre la herencia sencilla de Belén... Al volver la vista sobre los últimos ciento cincuenta años se llena uno de asombro siempre creciente al observar cómo al principio unas cuantas figuras y, más tarde, esferas cada vez más amplias de la vida intelectual de Occidente han sabido adivinar el hecho de que el tiempo sin Cristo no trajo, en definitiva, la libertad que muchos se prometían... Y si ustedes me preguntasen ahora, antes de irme, e irme definitivamente, si conozco una clave mágica que pueda abrirle a uno la puerta última que conduce a la sabiduría de la vida yo les contestaría que sí. Y esta clave mágica no es la reflexión, como tal vez esperasen oír de un filósofo, sino la oración. La oración, entendida como entrega definitiva, lo hace a uno tranquilo, infantil, objetivo. La oración es la última humildad del espíritu humano...»

Con esta crítica empecé la primera lección, en la inauguración del curso 82-83 del Colegio la Salle de Jerez de la Frontera; también con ella inició mi testimonio, por escrito, como educador cristiano, porque de alguna manera me siento identificado con el profesor Peter Wust, que confiesa haber descubierto en la sencillez del mensaje cristiano toda la potencialidad para ser hombre, en las circunstancias concretas de la vida y el trabajo de cada día.

Recordemos ahora qué nueva aportación ofrece el humanismo cristiano al modelo de hombre que, anteriormente a él, descansaba en el modelo griego:

Platón, desde una época místico-idealista, y Aristóteles más racional y pragmático, nos hablan de una fuerza interior que impele al hombre a querer realizarse como hombre, según su dignidad y posibilidades: «el hombre debe hacer obra de hombre», nos dice Aristóteles.

Según estos pensadores, la búsqueda de la verdad en las cosas y en nosotros mismos nos hace virtuosos y, como consecuencia, felices. La vida del hombre

es un continuo viaje hacia lo perfecto, es decir, hacia la armónica y equilibrada formación del hombre total. «Como una golondrina no hace verano», la conducta del hombre deberá adecuarse permanentemente a la búsqueda del bien para conseguir el fin de una formación completa, que consiste en el desarrollo de las capacidades físicas y mentales, en su justo medio, evitando, por lo tanto, los extremismos, siempre según proporción y medida.

— ¿Qué valores nuevos aporta el cristianismo a esta doctrina humanista griega?: 1.º Afirmación de la igualdad de todos los hombres, sin distinción alguna. 2.º Afirmación rotunda de un Dios Unico, Personal y Padre de los hombres. 3.º Convierte a Dios en histórico. 4.º Impone como el máximo mandamiento el amor y la paz entre todos los hombres. 5.º Su fundador entrega la verdad absoluta, porque dice: «Yo soy el camino la Verdad y la Vida».

Si caemos en la cuenta de lo que significa cristianismo, sabremos que el humanismo cristiano no es otra cosa que el planteamiento de un modelo de hombre que es Jesús de Nazareth. Y los valores y criterios de este modelo son claramente el respeto a los demás, el querer a la gente sin distinción, el vivir cada día superándonos como hombres y dando testimonios de hombres que contribuyen al bienestar y desarrollo general, no con palabras, sino con hechos, huyendo del escándalo y la hipocresía.

Un modelo de hombre cristiano es imposible si no se es hombre en plenitud. Quien o quienes intenten separar lo religioso de lo humano no pueden llamarse cristianos, porque están creando un modelo distinto al presentado por su fundador, que, al ser Dios, no puede caer en la contradicción de oponerse a lo natural y humano que El mismo ha creado.

Flaco servicio hacemos los profesionales de la Enseñanza que sigamos el Humanismo Cristiano si no perseguimos con el mismo rigor y constancia la formación moral y científica de los alumnos; y si no adecuamos y somos testimonio de respeto al hombre, a su libertad, y nos planteamos como objetivo de toda educación que los alumnos conozcan más y mejor todo aquello que les va a ser útil en nuestra sociedad actual, y si no proclamamos que el vivir un humanismo cristiano no es vivir una vida triste y de represión, sino gozar y sufrir, sin tensiones extremistas, sin escrúpulos agobiantes; porque el mensaje general de un humanismo cristiano no es sino un vivir potenciando lo humano, porque vale en sí mismo, porque vale para los demás y porque nos ha sido dado en origen y fin último, no por un suceso fortuito exclusivamente, sino por un orden preestablecido, creado y divino.

— Y ahora, adentrándonos en lo pragmático de la docencia diaria, incluyo varias experiencias e indicaciones que parecen ser eficaces cauces para la formación de los jóvenes en un ámbito cristiano:

La paciencia, la comprensión y, sobre todo, el cariño, manifestado al alumno en los numerosos y variadísimos momentos de un curso escolar, se convier-

ten en testimonio cristiano sin palabras, que dejará huella en el joven que, por su situación y edad, tiene marcadamente desarrollado el poder de observación; pero cuidemos las manifestaciones de debilidad o predilección, los criterios extremistas, porque perderemos autoridad y eficacia a la hora de transmitir mensajes. Particularmente, entiendo como especialmente positivo el insistir en que se discierna entre la definitivo-permanente y lo discutible-opinable, tanto en el campo moral como científico, ya que en las manos del profesor descansa el daño o bien de sembrar o no conocimientos y criterios ambiguos o confusos. También es básico fomentar el respeto a la opinión ajena y la flexibilidad al juzgar conductas.

Si como profesor cristiano quiero colaborar en la formación humana de un hombre y deseo acercar al joven a Dios, deberé cuidarme de que mi actuación y explicaciones se purifiquen de protagonismos, del predicarse a sí mismo y de inducir a la imitación, sino es de la figura de Jesús de Nazareth, en quien toda peculiaridad cabe.

La arrogancia, la autosuficiencia, la seguridad sin Dios, si se escapa en conversaciones y hechos, será el gran enemigo de una formación equilibrada y coherente; por ello, si el profesor cristiano no muere diariamente un poco a sí mismo, si no se alimenta con frecuencia e intensidad en los sacramentos y en la oración solitaria, mal instrumento será y mediocre cauce para que el agua del conocimiento científico y del saber y vivir cristianos se produzca.

La proporción, el equilibrio y el amor apasionado a las cosas y al hombre deberán ser motor de toda docencia: objetivos que no se logran sino en el olvido de uno mismo y en el llenarse del Inmenso Jesús, del que todo saber, ser y amar se origina y se asegura.

Hablo de un amor apasionado a las cosas y al hombre; es decir amar los distintos modos de ser y manifestarse, a las peculiaridades creativas de cada alumno, el folklor, el habla, los modismos, las iniciativas y hasta los errores; hay que amar todo para fomentar unos y encauzar otros, respetando la individualidad y aceptando que hay muchas maneras de confeccionar el bien y las cosas y no modelos únicos. La variabilidad de enseñar y formar es un hecho y hay que aceptarlo. Si no amamos la compleja estructura de cada persona y alabamos y nos alegramos ante lo de los demás, caemos en lo mezquino rutinario y en la labor mediocre y enclaustrada. La belleza, las formas, el civismo, la solidaridad, el gusto estético en sus multiformes manifestaciones, previniendo lo perdurable del esnobismo o papanatismo, son otros temas que debemos plantear a los alumnos, para que ellos seleccionen entre distintas posturas, y nosotros, los profesores, amar todo, dentro del sentido común y la moderación racional que exigen la convivencia y el compartir.

El profesor cristiano debe transmitir que los valores espirituales son anteriores a los materiales o visibles, pero insistiendo que nunca se llega a poseer aquéllos, sino en la inserción en éstos, como Jesús predicó. Tengamos en cuenta que Jesús jamás alimentó tensiones inútiles, dudas existenciales, ni escrúpulos, ni fue intolerante sino con la incoherencia y la mentira. Jesús fue un hombre de su tiempo y vivió con arreglo a sus formas y lenguaje, pero El, como Dios, es permanente y lo mismo sus mensajes; lo que tendremos que hacer los docentes cristianos es acomodar nuestras nuevas cosas y criterios y maneras al Dios que siempre es el mismo.

En resumen, el profesor cristiano tiene un privilegiado púlpito para cristianizar lo humano, que no es sino potenciarlo en su genuina realidad, en las tantas horas de la convivencia con los alumnos. Que nos aguijonee el vasto objetivo de nuestra tarea y que no nos desanimen nuestros errores y las actitudes negativas. Queramos sólo ser instrumentos de Jesús y del Dios Trinitario, y alegrémonos de que El aumente en los demás y que nosotros menguemos.

JUAN CARLOS DE FUERTES Y CARRERAS
Jerez, 1983

2. SER MAESTRO CRISTIANO DA SENTIRO A UNA VIDA

Es misión de los cristianos, desde nuestro Bautismo, en el que somos consagrados como sacerdotes y profetas, la labor evangelizadora y transmisora de la fe que profesamos, y que, mediante el Sacramento de la Confirmación, nos comprometemos a anunciarlo.

Si aparte de esta misión evangelizadora sentimos una llamada a la formación íntegra del hombre y a sacar de él todo lo positivo que hay, entonces obtenemos el binomio que hace dar sentido a la vida de un gran número de personas, y que podríamos catalogarnos como «educadores cristianos». Pero para mí esta catalogación podría caer en una simple cualidad, ya que aparece la palabra cristiano como un adjetivo, no como núcleo o fundamento de la anterior, que creo que es lo que da sentido a esa vocación, ya que se puede ser maestro sin ningún apelativo. Pero el cristiano convertido en educador haciendo de su trabajo su apostolado, eso sí que también da sentido a una vida.

Sabemos la importancia que tiene la vocación en nuestra profesión y el gran amor y respeto hacia el niño, como agente de la educación, conllevando una superación continua en la labor docente y un enriquecimiento con la participación de todos los que forman la comunidad educativa. El educador cristiano sabe que tiene que «beber» en la comunidad, porque tiene la experien-

cia de que su fe la vive en grupo, y que le hace contar con un gran respaldo en los momentos difíciles, ya que ve en la comunidad educativa a un grupo de personas que tiene las mismas inquietudes que él.

Está claro que lo primero que se propone el educador como tal, son unos objetivos, unas metas, que desea llegar con sus alumnos y según la idea que tenga el educador de hombre. El educador cristiano lo tiene bien claro: «un hombre completo», «íntegro». Y para llegar a este hombre será necesario unas actividades que nos encaminen hacia tal objetivo.

Si consideramos nuestro trabajo como apostolado, y que si estamos ahí es por que Dios nos ha puesto, realmente nuestra tarea es ardua, puesto que tendremos que dar una serie de respuestas a los problemas e interrogantes que tiene el hombre de hoy. Tendremos que ponernos al día, tanto desde el punto de vista técnico como profesional. También una preparación teológica y litúrgica, y así, en comunión con la Iglesia, comunidad en donde expreso mi fe, poder, en la medida de lo posible, dar una respuesta a esos interrogantes, porque al igual que necesito de esa comunidad educativa para la labor docente y sentirme respaldado por ella, también necesito de esa comunidad, Iglesia, de su Magisterio, de su Tradición, para la labor evangelizadora.

Otro aspecto importantísimo que debe cuidar el educador es su carácter testimonial, difícil por cierto, pero que nos obliga en nuestro comportamiento y en nuestras actitudes a recordar la presencia de Cristo en el mundo, un mundo que fue salvado por El, y que da respuesta a la vida del hombre. Por eso, la Iglesia nos necesita, para que demos una respuesta allí donde ella no puede llegar a través de sus ministros y que lo deja en las manos de sus seguidores. Esto también aumenta nuestra responsabilidad y que obremos con mucho cuidado y respeto.

Pero quizá lo que más nos ayuda y lo que más nos hace superarnos en toda nuestra labor es el saber que estamos en ella para santificarnos y que tenemos que alcanzar la santidad a la que estamos llamados todos los cristianos mediante los niños y la escuela. Esto hace que nos esforcemos y que superemos todos los defectos que llevamos dentro de nosotros y que nuestra vocación sea una llamada a esa santidad.

Y para terminar esta reflexión, que me hago a mí mismo, pienso en unas palabras que se cantan en una canción de mis tiempos de Magisterio y que llegó a figurar como un himno: «lo importante y bello que debe ser educar a un hombre que hasta el mismo Jesucristo le gustaba que la gente le llamara el Maestro».

ANTONIO MORENO OLMEDO
San Fernando (Cádiz)

3. AYUDAR A LOS CHICOS A «VER» LA VIDA

Ponerse a reflexionar sobre nuestras acciones no es demasiado fácil en este tumultuoso mundo en que vivimos. Más difícil aún hacerlo en alta voz. Cara a los demás. Con ese temor consciente o inconsciente que nos interpone una gran barrera.

¿Cómo vivo yo mi misión de educador cristiano? No sé si es correcta esta pregunta; mas intentaré contestarla. En ella se encierran tres palabras que merecen ir en mayúsculas. Misión: ¿quién no es un enviado? Educador: conductor... Cristiano: al contrastar mi vida frente al imperativo del Nuevo Testamento, de los valores cristianos...

He dejado en suspense ese interrogante. Lo he dejado en suspense porque creo que por ahí anda mi misión —trabajo, labor, tarea, cometido—. Misión me parece la palabra más correcta. Para un cristiano la exacta. No es fácil esta misión de educador. Es grande la dimensión que abarca la educación y demasiado limitado uno. Limitado en mi formación e información. Limitado por estar preso en un tiempo y en un círculo social del que, en mayor o menor medida, soy víctima. Limitado porque si en palabra de E. Mounier «educar es suscitar personas»; personas en su totalidad, personas en su integridad, rescatadas de las parcialidades de tantos «ismos», personas desencasilladas, personas libres. Nuestra tarea, pues, mi tarea no se presenta nada sencilla. Pero, por otra parte, esto nos cuestiona, nos reta; y a ese reto tengo que ir dando cada día una respuesta,

Cuando hace ya muchos años me planteaba mi vocación, llegué a la conclusión de que lo más importante en la vida era realizarse uno plenamente. Descubrí que tenía que hacerlo con los otros y ayudando a otros a realizarse a la vez. Descubrí que eran los niños y los jóvenes los más receptivos, los más abiertos, a quienes la vida aún no había endurecido en demasía. Por esos derroteros me lancé y ahí estoy.

La vida, por más que haya opiniones en contra, es maravillosa, esperanzadora; merece ser vivida. A menudo, los medios de comunicación nos dejan angustiados ante tantas noticias negativas, destructoras. Es ahí donde está mi misión, mi compromiso; inyectando optimismo y esperanza. Así me planteo cada día mi tarea de educador, ayudando a los chicos a ver la vida, su vida con ilusión, con fe, con futuro; sin ocultamientos y tapaderas, sí; pero como una utopía realizable con un poco de buena voluntad. Intento influir en los chicos con obras y palabras, no sé si siempre lo consigo; no sé si siempre soy consecuente.

Tal vez se pregunte quien lea estas líneas quién soy yo. Mi vida es corriente, como la de cualquier ciudadano de a pie. Tengo treinta y cinco años. Una mujer y dos niños, de cuatro y dos años a punto de cumplir, preciosos —eso

decimos todos los padres—. Trabajo en un Centro de la Salle, en que me siento totalmente integrado y contento; con muchos aspectos positivos y otros muchos en vías de serlo con la colaboración de todos. Desde mi puesto de profesor de BUP y EGB, con casi trescientos muchachos con los que convivo, tengo una posición privilegiada para ir desarrollando mi vocación; no quedándome en mero profesor que imparte unas materias, peor o mejor preparadas, sino intentando llegar más allá; intentando ser educador, con toda la complejidad que ello comporta. A veces, me desilusiono, quiero ver resultados inmediatos, quiero que el mundo sea un poco a mi imagen y deseo. A veces me gustaría cambiar mi trabajo por otro más cómodo; en fuera de las horas de «trabajo» uno se olvida hasta el día siguiente; en que no tuviera que estar cada día reciclándome intelectual y humanamente. Otros días lo veo todo con más optimismo, con más ilusión, con la esperanza de que «cualquier tiempo pasado fue peor». Y tengo el imperativo de que sea realidad esa afirmación. Tengo el imperativo humano y cristiano de unas exigencias, de unos valores que con harta frecuencia se contraponen a los del Evangelio. Intento que mi vida en el Centro, en mi familia, con los amigos, sea una continuidad, se complementen.

En la sociedad pluralista en que estamos, creo que un cristiano tiene mucho que aportar. Cuando gran parte de la gente se jacta de pertenecer a una secularización *sui generis*, el educador cristiano tiene la obligación de transmitir su visión trascendente de la vida, luchar porque cada día el hombre sea más libre —interior y exteriormente—, e intentar que la palabra amor, con mayúscula y con minúscula, llegue a ser un hecho entre los hombres.

Esta es, para mí, la misión del educador cristiano. Por estos pagos encauzo mi camino; con aciertos y errores; con ilusiones y desilusiones; con coherencias e incoherencias; con seguridad y dudas; con templanza y con cabreos; con justicia y con partidismo... En definitiva, con todo lo que forma parte de la vida de un cristiano de a pie, que cae y se levanta muchas veces, que lucha por ser auténtico, viviendo y conviviendo con los otros.

FERMÍN
Santander, 1983

4. TOMAR LA VIDA COMO UNA OFRENDA MAS QUE COMO PRESTAMO

No es en plan de excusa. Sólo una pequeña confesión: Nos cuesta de verdad mucho referir nuestra vida tan sencilla y para un público tan amplio. No es nuestro normal estilo. (De seguro que *nadie nos comprenderá bien*

sólo con esta lectura. Quizá tampoco nos comprendieran si nos vieran actuar...) Una única aspiración nos anima: no dar el primer no a La Salle y esperar que logremos algún amigo más que nos diga que vale la pena vivir el ideal apostólico de La Salle dentro de un prisma de *simples* se-glares.

Somos un matrimonio compuesto por Vicente y Mari Carmen. Los dieciocho años que llevamos de mutua fidelidad vienen avalados por otros cuatro anteriores en que nos conocimos laborando intensamente en unas catequesis de suburbio y por cuatro hijos, cuyo legado ha consistido más en vernos actuar que en sentirnos platicar.

Pero resultaría un enigma nuestra vida actual de matrimonio para quien no conociera al Vicente y Mari Carmen de sus años jóvenes. Vicente, alumno desde pequeñito de los Hermanos de Condal. No, no se *espanten*, medianía en estudios y nada más. Ahora bien, los Hermanos no se lo podían quitar de al lado: monaguillo, recados, suplencia de algún Hermano y hasta lo que ahora vemos tan normal, pero no entonces, comer o rezar con los Hermanos.

Y Mari Carmen, tal para cual. Las Hermanas Vedrunas de la calle Lladó nunca dudaron que sería una buena novicia, y no precisamente por lo de beata o conformista. Su carácter pronto dicharachero y su espíritu crítico le proporcionan más de una repulsa. Pero pasaba allí sus mejores momentos.

Conste, pues, y lo decimos bien alto para quienes parece tienen mucho interés en afirmar lo contrario: estamos íntimamente satisfechos de nuestra formación en colegios religiosos. Nos han enseñado a respirar a pulmón limpio y a tomar la vida más como una ofrenda que como un préstamo. Gracias.

No hay cosas grandes en nuestras vidas. Ya lo veis. A veces tenemos la sensación de haber sido cogidos, como el profeta Eliseo, por el manto de La Salle. Y como esto es don, da gusto responder a aquello de lo que uno no se siente protagonista.

Vicente es maestro, ¡qué bien! Por las tardes lleva adelante sus asignaturas y su tutoría de octavo.

Vicente es secretario. Por las mañanas desempeña su misión en la Residencia Provincial y a partir de las 5,30 en La Salle Barceloneta.

Vicente es aprendiz de apóstol. Y como corresponde al aprendiz, sin fianza ni sueldo. Lleva grupo de «Hora 3», de reflexión cristiana, ha dirigido durante veintiún años, cada verano, grupos de colonias, es miembro de la Junta de Padres de Alumnos, Presidente de la de Antiguos Alumnos y últimamente delegado episcopal de zona para el apostolado juvenil en Barcelona.

Mari Carmen es maestra, y sabe, más que dar clase en 2.º de Básica, detectar los pequeños problemas de cada alumno, reeducar con gracia a los «díficiles» y lograr que los alumnos disfruten por estar con ella una hora más en clase.

Mari Carmen es ama de casa. Pero a poco. Al menos en estilo tradicional. Sabe cocinar, mejor para niños y mucho mejor en Colonias. No le arredra llevar adelante la cocina de hasta cien coloniales. Y aún le sobra tiempo para animar un grupo despistado. Dar un toque de animación a un responsable y acoger a quien necesita un alivio físico, psíquico o espiritual.

Ya lo decíamos al principio. No nos gusta decir lo que hacemos y tampoco lo sabemos expresar.

Pero estamos satisfechos. Gozosos de estar siempre con jóvenes. Tranquilos, porque esto nos impide a veces ordenar bien nuestra casa o planificar algún fin de semana o tomar un descansito, o...

No tenemos demasiado tiempo para hacer disquisiciones sobre si tal apóstolado u otro, sobre si vale la pena medir las fuerzas o entregorlas de golpe.

Simplemente hemos dado un sí a Cristo y a nuestro mundo juvenil. Y no lo queremos traicionar.

VICENTE Y M.^a CARMEN FORTUNATO

5. COMPARTIR LA FE; ABRIR CAMINOS

Ser educador hoy exige una gran responsabilidad, porque estamos formando al hombre del mañana. Si además le añadimos el calificativo de cristiano, esa responsabilidad todavía es mucho mayor.

No es mi objetivo dar conceptos y teorías, porque sobre esto hay mucho escrito, y la verdad, no sabría qué añadir que no fuera ya conocido. Quisiera únicamente explicar mi experiencia personal como educador creyente y qué es lo que hacemos en nuestro centro, La Salle Congreso, en la educación de la fe.

A veces me pregunto qué diferencia existe entre nuestro centro, definido como escuela cristiana, y cualquier otro centro del barrio o de Barcelona. Pienso que la diferencia no está en el hecho de llamarse una cristiana y la otra no. La diferencia radica exclusivamente en las personas comprometidas en la educación de la fe. Y esa tarea no puede ser exclusiva de una, dos, o más personas o de la comunidad religiosa. El trabajo, el compromiso en este aspecto, ha de ser de toda la comunidad educativa.

Me considero dichoso de haber encontrado realmente un equipo de educadores comprometidos en su quehacer diario, con una mentalidad abierta y, sobre todo, con un gran espíritu de participación y de entrega. Creo que estamos trabajando seriamente en la construcción de la comunidad educativa. Esta es la base para poder transmitir de una manera coherente el mensaje cristiano.

A nivel de mi experiencia particular, soy tutor de tercero de BUP. Mi tarea la desempeño en equipo con dos profesores más, un Hermano y un seglar. Nuestro trabajo es de equipo. Más que tutores de una clase determinada, somos los animadores de los tres cursos que tenemos en tercero. Nuestro primer objetivo es lograr que los cien alumnos se sientan integrados entre ellos. Para ello hemos roto el clásico esquema de tercero: uno, dos y tres. Son sencillamente alumnos de tercero. Esta experiencia integradora la llevamos realizando durante cuatro años y creemos que los resultados son lo suficientemente positivos para seguir trabajando por este camino.

¿Cómo nos hemos planteado la educación de la fe? Los tres tutores teníamos claro desde el principio que las «clases de religión», por llamarlas de alguna forma, debían ser en grupo reducido; diez o doce personas a lo sumo. Al frente de cada uno de los grupos estamos los tres tutores y otro profesor que nos ayuda.

Antes de formar los grupos definitivos para todo el año tuvimos varias sesiones de sensibilización con los dos grupos de cincuenta alumnos. De esta manera les mentalizamos en los objetivos que realmente pretendemos. Aquí expongo de una manera resumida la programación que seguimos con estos muchachos de tercero, es decir, los objetivos.

Hay unos objetivos generales:

- a) Conseguir una serie de conocimientos a un nivel objetivo, sería el aspecto científico de la materia.
- b) Formación de la persona en un doble aspecto: reflexión crítica de la propia vivencia cristiana y reflexión crítica de mis relaciones personales e interpersonales.

¿Cuáles son los medios operativos para conseguir estos objetivos?

- a) Estudio personal de unos núcleos de pensamiento básicos. Trabajo personal sobre estos núcleos, por evaluación. Asistencia a unos cursillos monográficos sobre temas básicos.
- b) Asistencia a grupos de formación, presididos por un moderador. El grupo reflexiona tomando como base la propia vivencia cristiana. Revisión crítica de la propia vivencia de fe.
El grupo reflexiona tomando como base la persona humana en su dimensión personal e interpersonal. Revisión crítica de mis propias relaciones.

Esto es lo que presentamos a los chicos al principio de curso. Discutimos, dialogamos hasta que realmente todos entendieron cada uno de los puntos. Les dejamos libertad para formar parte de los grupos o bien hacer un trabajo personal. La experiencia hasta el momento es que todos los alumnos prácticamente escogen grupos.

Inicialmente al comenzar este proyecto hacíamos diferencia entre los que querían trabajar a fondo el tema de la fe y los que estaban más interesados en hacer experiencias interpersonales. Nos dimos cuenta al hacer la evaluación que no había porqué hacer distinción entre la educación de la fe y la formación de la persona, porque ambas cosas se complementan y, además, son inseparables. El chico siente la necesidad de comunicarse, de expresar en grupo sus experiencias, sus dudas, sus preocupaciones, aquello que siente, lo que piensa. Hemos de darles cauces para que su personalidad pueda ir madurando. La función del educador, del animador está simplemente en ayudar a madurar a esos muchachos, a analizar sus inquietudes, a fomentar el espíritu crítico, a interrogarles sobre lo que creen, sobre la religión, a que nos comuniquen al grupo sus vivencias. Nuestra actuación es la de hacer de padre y madre al mismo tiempo. Interpretamos lo que pasa en el grupo como padres y comprendemos su forma de ser y de actuar como madres. Hemos descubierto que los chicos están más preocupados por los temas trascendentes de lo que aparentemente parece. Hay que darles posibilidades, abrirles caminos. Creo que el mensaje cristiano es muy sencillo, y no hay que complicarlo. Y ellos así lo entienden.

Posiblemente alguien nos dirá que eso no es bastante, que hay que hacer algo más, darles a los muchachos unos contenidos religiosos. También lo hemos pensado. Tenemos previsto a lo largo del curso unos cursillos sobre temas monográficos: Iglesia, Jesús, Biblia, etc., para que no haya una laguna de contenidos.

Estamos convencidos de que han de ser los chicos los que han de descubrir que la opción fe y la vida cristiana son algo muy personal, pero que tiene su pleno sentido dentro de una comunidad. La fe no es para vivirla solo, sino para compartirla.

Hemos realizado también la experiencia del silencio. ¿Qué hacemos? Con estos mismos grupos reducidos nos vamos a la Capilla, lugar realmente acogedor. En un ambiente de tranquilidad, de relajamiento y recogimiento con un poco de música de fondo que les ayude a liberarse de sus inquietudes, de sus preocupaciones, de sus ansiedades. Estamos así durante una hora y cuarto. De vez en cuando rompemos el silencio para intercalar unas palabras del Evangelio o algún montaje audiovisual que ayude a la reflexión y meditación. Realizamos esta experiencia con motivo de la Navidad, y nos sorprendió la actitud de los chicos, de forma que nos ha animado a repetir la experiencia periódicamente. Creemos que el chico necesita tranquilidad, sosiego, para poder interiorizar todo lo que va recibiendo.

Periódicamente tenemos también la Eucaristía. Totalmente voluntaria. Unas veces por niveles, otras para todo BUP. Hay una participación activa de todos los que asisten. Nos alegra enormemente ver a alumnos que ya han acabado el Colegio hace varios años o del curso pasado que asisten a la Celebración o que son los animadores del grupo de oración que ha surgido en el Colegio.

Experiencias hay muchas. Lo importante es que somos toda la Comunidad educativa los que participamos en la marcha del Colegio, en la educación integral de nuestros muchachos. A pesar de todo todavía nos queda mucho camino por recorrer. Podría enumerar algunos puntos en los que creo que hay que trabajar más a fondo. Y en esto no hago más que recalcar lo que dice el documento «La escuela cristiana que deseamos»:

«Pueden ayudar a lograr una participación más auténtica:

- la información seria y amplia entre todos los niveles y en ambas direcciones;
- el esfuerzo de creatividad en orden a la elaboración y aplicación del proyecto educativo y a su periódica adaptación;
- la representatividad real en los órganos decisorios de la gestión;
- la crítica en común de situaciones y problemas;
- la responsabilidad afectiva en la ejecución de las decisiones asumidas.»

JOSÉ M.^a GARCÍA

UN PASADO Y UN FUTURO (Carta a un educador)

Es en estos días cuando he vuelto a pensar en ti. Es ahora, cuando por una sutil trampa de la imaginación, las tardes se me han llenado de uniformes azules y blancos, babis a cuadritos y rostros infantiles buscando algo, tratando de encontrar una respuesta, interrogando siempre. Uniformes éstos, que empezaron a apollillarse y rostros infantiles que se fueron haciendo más angulosos; ojos, los mismos, que seguían preguntando, buscando esas respuestas que ahora ya tenías que silenciar. Cuánta nada, cuánta conversación frustrada, desvanecida en el aire, cuántas palabras muriendo en la boca (luchando por ser escupidas), ese olor a mentira impregnándolo todo y ese gesto tuyo de impotencia pidiendo perdón en cada silencio. Y son las cadenas de estos fantasmas las que me pesan ahora y las que siento amenazada. Amenaza y reto. Porque mañana, el ayer de hoy se me desdibujará en otros tantos rostros infantiles que van a exigirme todo porque deben hacerlo; porque tienen derecho a ello; porque son los únicos inocentes, los sin-culpa. Nuestros más severos críticos. Y van a exigir un educador libre para poder ser educados en

libertad. Un educador honesto y responsable, que les sea fiel, pero sobre todo que sea fiel a sí mismo porque es la mejor (la única) forma de ser fiel a los demás. Un educador que les haga sentirse seguros, que les dé confianza para crecer sin miedo, sin temor a conocerse y ser ellos mismos. Pero tú y yo sabemos que esto no es tarea de una sola persona. Sabemos que se trata de una labor de equipo en la que todos los educadores deben trabajar para lograr este fin último de la educación: crear hombres y mujeres libres y responsables, integrados en su propia individualidad y en su ser esencialmente social. Quisiera poder respirar mañana el clima limpio y sano que no pude respirar en el colegio cuando niña. Quisiera sentirme libre para desarrollar mi trabajo serenamente. Y porque respeto profundamente el ideario del centro en el que voy a trabajar, exijo lo mismo a los demás compañeros. Espero encontrar en esta institución religiosa personas con un comportamiento adecuado a la fe que profesan y enseñan a los alumnos. Quisiera que esa labor de equipo no fuese una utopía. Y porque me sé limitada y sólo realizable en sociedad, pediría a esta comunidad que funcionase como tal.

Durante ocho años os he ido viendo crecer; unas, las menos, íbais madurando, otras envejecían bajo un peso fantasmal que mató sus ilusiones y proyectos de juventud; las más abandonaron el centro para no asistir a este suicidio lento de las anteriores. Tú te salvaste y sigues en la brecha, luchando por y para ellas, tratando de abrir cada día un poco más esa puerta que se resiste a dejar paso al aire fresco. Y como creo, quiero creer, que la educación puede ser algo mucho más grande y menos mezquino en cuya tarea todos debemos contribuir, es por lo que la amenaza de estos fantasmas la acepto como reto y como estímulo para seguir adelante.

MARGARITA CORISCO,
alumna de Magisterio